



# VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

*Laudatio* de Investidura  
como Doctor *Honoris Causa*  
del prof. Vieta

Prof. Dr. Rafael Tabarés Seisdedos

Valencia, 17 de junio de 2016



Rector Magnífic de la Universitat,  
Il.mo Señor Subsecretario de la Conselleria d' Educació,  
Investigació, Cultura i Esport,  
Vicerectora d'Ordenació Acadèmica, Professorat i Sostenibilitat,  
Il.mo Señor Subsecretario de la Conselleria  
de Sanitat Universal i Salut Pública,  
Secretaria General,  
Autoritats, companys, amics i ciutadans,

Ara fa aproximadament un any que el Consell de Govern de la Universitat de València va a aprovar el nomenament de Eduard Vieta com a doctor honoris causa. Es per a mi un motiu de gran satisfacció, en nom de tots, presentar una breu síntesis de la trajectòria d'Eduard Vieta..

Les voy a leer la “laudatio”, es decir, un escrito en su alabanza. Y lo hago con sumo gusto porque me aleja de uno de los vicios de nuestra cultura académica: el masoquismo institucional, una especie de obligación moral por hablar mal de nuestro trabajo y de nuestras instituciones.

Esta dicho. Las palabras se inventaron para pagar el precio de existir, para mentir rumbo a la muerte. Las hermosas y también las deleznable, las que nos socorren cuando flaquea el ánimo, las que nos dan o nos quitan la honra, todas son agua clara, aire limpio que nos arroja desde el cielo materno hasta una tumba.

No hay un solo ser humano que no sea un descubridor de palabras o del rojo-verde-azul. Empieza descubriendo las voces del hambre y del sosiego y del amor, las veintitantas letras del abecedario y las siete notas musicales, pasa por la pronunciación de un nombre, los rostros, los animales y los astros hasta producir milagros como la palabra escrita.

Ya nadie recuerda que en nuestro devenir las palabras pensadas, el lenguaje y la creación artística o científica, sirven en lo profundo para olvidarnos de nuestra condición corporal. Para aceptar que hay un principio y un final.

- Me robaron mis palabras – dice ella

Michael Greenberg, en su agudo y valiente testimonio sobre el episodio en que su hija Sally debutó con un trastorno bipolar, describe de forma lúcida su experiencia ante la extrañeza. El momento iniciático que ha tenido que vivir todo psiquiatra o cualquiera que se asoma a la locura. Tomemos sus palabras como quien asiste a una sesión clínica a la manera académica antigua: la enferma en su cama de hospital, el padre intentando hablar con ella, con la desazón de rozar un abismo y no llegar nunca a la que fuera su hija. La psicosis se la ha llevado a un lugar del que no volverá.

“Me robaron mis palabras, me robaron mis palabras – repite una y otra vez.

*Cuando le pregunto qué quiere decir, frunce los labios y suelta una maliciosa e irritada risa, una chispa de su personalidad psicótica que me encoge el estómago (...) el febril brillo de sus ojos enfocándose y desenfocándose como si alguna batalla por la supremacía sobre su ser estuviera desencadenándose detrás de ellos (...) Su manía está agitándose bajo la superficie como un gato metido en una bolsa.*

*Varias veces trato de abrirme paso hasta ella, establecer algún punto de acuerdo entre los dos (cualquier cosa serviría, una observación sobre el tiempo, o sobre el cielo que se puede ver por la ventana de barrotes que está encima de su cama), sintiendo cada fracaso como una puñalada, como si fuera la primera vez (...) Al cabo de un rato dejo de intentarlo, nos quedamos sentados como los pasajeros de un compartimento del tren. Le cojo la mano.”*

Este es el sentimiento de partida de toda persona que se acerca a un enfermo mental grave por primera vez. La mayoría de los psiquiatras lo experimentamos repetidamente y, nos llena de escepticismo. Como Greenberg lo describe, “*el tácito, casi visible, encogimiento de hombros que dice: Eso es todo lo que puedo hacer por usted*”, que es la cruz que el psiquiatra tiene que llevar. Es fácil imaginar cuán desalentador debe de ser administrar una serie de infructuosos tratamientos que no han progresado mucho desde que el médico de lady Macbeth observara: “*esta enfermedad escapa a mis conocimientos... Ella necesita más lo divino que al médico*”.

Psiquiatras como el doctor Eduard Vieta no se detienen ahí. Su curiosidad y su compasión les empujan a hacerse más preguntas, a no conformarse con respuestas sencillas. Su espíritu indagador no se agota nunca, no se deja vencer por el desaliento. ¿Cómo ha sucedido esto? ¿Y por qué? Uno tiene cáncer o sida, pero uno es esquizofrénico, uno es maniaco-depresivo, como si fueran los atributos innatos del ser, una parte del espectro humano, no más curable que el temperamento o el color de los ojos. *¿Cómo puede algo tan inherente ser una enfermedad tratable? ¿Cómo se puede derrotar a semejante enfermedad sin derrotarse uno mismo?* Somos afortunados de que existan clínicos, científicos, personas así, gracias a ellos se mueven poco a poco las fronteras del conocimiento. El abismo que nos separa con el enfermo se estrecha, ya casi le rozamos con las yemas de los dedos.

*“Cuántas meditaciones se ofrecen al filósofo que, apartándose del tumulto del mundo, recorre un asilo para alienados: el manicomio. Allí encontrará las mismas ideas, los mismos errores, las mismas pasiones, los mismos infortunios; todo es como el mundo mismo, pero en un asilo, en el manicomio, los rasgos son más fuertes, los matices más acusados, los colores más vivos, los acentos más claros, porque el hombre se muestra en toda su desnudez; porque no encubre sus pensamientos; porque no oculta sus defectos; porque no presta a sus pasiones el encanto que seduce ni a sus vicios la apariencia que le dan”;* escribe de forma admirable Jean Dominique Esquirol, en 1816. La comprensión moral de la locura de Pinel, de Esquirol y de otros autores, sobre todo, franceses, libera a los enfermos mentales de las cadenas con las que eran confinados y destruidos para siempre. Son ellos los que apuntan que el loco no tiene intención hostil, de él no parte peligro; son ellos los que advierten que en el perturbado puede haber un

fondo de razón que permita su sanación. Apunta así al continuo, a la línea que une el loco y el cuerdo, que comparten las mismas estructuras mentales. Sin embargo, la locura se manifiesta en ideas, errores, pasiones e infortunios más graves, más intensos. Es, por decirlo de alguna manera, una cuestión de grado. Pongámonos a nosotros como ejemplo; en todos nosotros se cuecen cada día y cada noche la voluntad de poder y poseer, la infinita necesidad de ser queridos y admirados, los antojos sexuales, la pasión y la envidia. En el mejor de los casos, las aspiraciones insatisfechas, los miedos innecesarios, la rabia bajo la presión del fuego es desahogada en actos imaginarios e inocentes, en vez de hacerlo en actos socialmente delictivos. Pero, en otras ocasiones, estos fenómenos psíquicos o instintos se estancan en el espacio interior y engendran desasosiego, síntomas como la melancolía, la manía o la psicosis.

El médico de lady MacBeth estaría asombrado de cómo se puede aliviar hoy día el sufrimiento de personas como su monarca extraviada, ya no tendría que invocar “lo divino”. Pero seguimos sin ser dioses por ello. Sólo somos un puñado de seres humanos intentando ayudar a otros seres humanos con la misma herramienta que en ellos se ha roto como una taza de loza. Preguntándonos dónde está la brecha. Caminamos como exploradores tozudos bordeando el abismo de un volcán, sabiendo que nadie podría llegar al fondo y volver para contarlo.

Pero el equipo del doctor Eduard Vieta está cada vez más cerca. No desentrañará el misterio de la subjetividad, y hay quien augura que, como cualquier psiquiatra que se precie, no lo hará nunca, pero nos sitúa cada vez más cerca. Los que invocan ahora una nueva crisis de la psiquiatría nos recuerdan que el estudio de la mente humana está en un atolladero. Su método, el único que tenemos, es racional y empírico, y

la alteridad del demente o el individuo sobrio parece inasequible a los ojos del científico moderno. Los agoreros de la “*era del cerebro*” insisten últimamente en que la euforia ha terminado, en que seguimos y seguiremos estando en las tinieblas. Critican un rigor que estudia por igual los requiebros de una emoción que el comportamiento del neutrino o el hábito de las abejas. ¿Es lo mismo la suma de las notas de una partitura de Bach que el deleite de su música llegando a nuestros oídos? ¿Qué es la descarga bio-eléctrica de las neuronas límbicas a la irrupción de un sentimiento? El doctor Eduard Vieta no se ha dejado desalentar nunca por esta larga lista de obstáculos. Es, ante todo, un clínico tenaz, un científico con un pie en el método y otro pie en la última escena de un padre o una madre suplicándole con la mirada, o del último enfermo que se agitara delante de él, como (en palabras de Greenberg) “*una rara fuerza de la naturaleza, como una gran ventisca o inundación: destructiva pero a su manera también asombrosa*”

Del Profesor Vieta y algunos más he aprendido que tan importante como analizar, escrutar la realidad acumulando datos infinitos es la valoración de la misma. Más que almacenar, lo decisivo es interpretar la información clínica de los pacientes, su grado de fiabilidad, pertinencia, significación o el uso que de ella puede hacerse. Además, en contextos de gran complejidad (la mente humana, la enfermedad mental, los pacientes y sus familiares, los gestores y los servicios) la intuición interpretativa, la cultura interpretativa, la sociedad de los intérpretes adquieren una relevancia justa. En este sentido, la intuición interpretativa que se hace en psiquiatría tiene un enorme valor epistemológico, heurístico porque pone en marcha operaciones tan importantes como anticipar, prevenir, favorecer o asegurar. Operaciones tan próximas a la manera de



pensar y sentir de los médicos. Cuando las certezas son escasas, hacerse una idea general es más importante que encargar estudios de campo o acumular datos de un trozo de la realidad.

La psiquiatría, las humanidades y su papel interpretativo pueden interrumpir, aplastar los flujos de datos que nos atraviesan permanentemente. Enseñarnos a resistir a la aceleración, a escapar del esquema estímulo-respuesta, no contribuir ni al pánico ni a la euforia, establecer una distancia, una dilación. La ciencia, la universidad necesitan de la cultura de la interpretación para acompañar las respuestas y posibilitar incluso algo nuevo e imprevisible. La ciencia tiene que emanciparse de la esclavitud de tener que estar descubriendo cada día el alma de la materia, la esencia del universo, la energía infinita o la curación de todos los males. Nietzsche y otros nos avisan que la manera más civilizada de estar y de ser, cuando se han conseguido los principales logros culturales y científicos ha sido bajo una profunda y contemplativa atención, ante una mirada larga y pausada. La vida contemplativa convierte al hombre en aquello que debe ser y, no la multitarea, la simultaneidad o el *zapping* mental.

Hoy en esta Universidad investimos Honoris Causa al Profesor Eduard Vieta.

Y lo hacemos porque en los últimos 25 años, él y su equipo han realizado contribuciones fundamentales en la comprensión de la neurobiología, el diagnóstico y el tratamiento de uno de los trastornos mentales más frecuentes y devastadores: el trastorno bipolar, la psicosis maniaco-depresiva de Kraepelin. La enfermedad empieza al inicio de la edad adulta, a veces en la adolescencia, incluso en la infancia, y provoca depresiones graves, con una alta tasa de suicidio, alternadas con episo-

dios de euforia en las que los pacientes pierden el sentido del juicio, se muestran psicóticos y expansivos, megalómanos, acelerados, desorganizados. Se vuelven un riesgo para sí mismos. Actualmente, Eduard Vieta es el 1º experto mundial en este campo y es una de las mentes científicas más influyentes según el prestigioso ranking Thomson-Reuters.

Profesor de Psiquiatría y Psicobiología en la Universitat de Barcelona, subdirector científico del Centro de Investigación Biomédica en Red de Salud Mental (CIBERSAM). Ha publicado más de 600 artículos, 370 capítulos de libros y 32 libros. Él es miembro del consejo editorial de 18 revistas científicas y revisa periódicamente artículos para muchas otras. Su índice H es 77 y tiene más de 22593 citas. El trabajo del doctor Vieta ha recibido numerosos reconocimientos, entre ellos los premios Colvin Price y Mogens Schou Award.

Más allá de estos datos, Eduardo Vieta y su equipo han hecho contribuciones que han tenido un impacto real en la vida de muchos pacientes y familiares. Él es jefe del Servicio de Psiquiatría y Psicología del Hospital Clínic de Barcelona, considerado en rankings objetivos como el mejor del Estado, y líder de la unidad de trastorno bipolar. Esta unidad ofrece a los pacientes una asistencia de calidad y, además, una extraordinaria actividad educativa y formativa para el público general, profesionales de la salud mental que ha permitido expandir el conocimiento y las habilidades necesarias para hacer una investigación traslacional, es decir, orientada a la clínica. Han creado una terapia específica basada en la psicoeducación de los pacientes bipolares que se ha convertido en el mejor modelo a seguir a nivel mundial. Han contribuido en la identificación de los problemas neurocognitivos y sus correlatos neurobiológicos. Han hecho aportaciones seminales e innovadoras en

la repercusión y la recuperación funcional de los trastornos mentales que han supuesto un giro copernicano en la manera de entenderlos. Finalmente, han contribuido de manera muy relevante a aumentar la disponibilidad de nuevos tratamientos farmacológicos para la enfermedad bipolar, mediante el diseño y la realización de ensayos clínicos que han facilitado la introducción de nuevos enfoques para el manejo farmacológico de la enfermedad.

Pero, además, lo investimos, por toda una vida entregada a repetir la minuciosa pregunta: ¿por qué? ¿qué es la psicosis? ¿cuál es la primera pieza que se desmorona? ¿En qué momento y manera empieza el colapso y quién puede detenerlo? La manía del trastorno bipolar es como un tsunami arrasándolo todo a su paso. Un tren que descarrila acelerado, un empacho de vitalidad. Spinoza hablaba de *“la vitalidad como de la virtud más pura, la única virtud. El impulso a persistir, a florecer, decía, es la cualidad absoluta, compartida por todos los seres vivos. ¿Qué pasa, sin embargo, cuando la vitalidad se hace tan poderosa que la virtud de Spinoza se invierte y, en vez de florecer, uno se ve empujado a comerse vivo a sí mismo?”*

Virginia Wolf, célebre enferma de trastorno bipolar, como lo fue también Shumann o Byron, se lamentaba en su ensayo “Sobre la enfermedad” de que pocos autores literarios habían dedicado sus páginas a la cuestión de estar enfermo. *“Se olvidan -decía- esas grandes guerras que libra el cuerpo con la mente esclava en la soledad del dormitorio contra el (asalto de la fiebre o) la llegada de la melancolía. No hay que buscar lejos la causa. Afrontar estas cosas requeriría el valor de un domador de leones; una filosofía vigorosa; una razón arraigada en las entrañas de la tierra”.*

Esperemos que algún día, la razón y la emoción nos revelen el verdadero significado de estas historias. Mientras llega ese momento, el doctor Eduard Vieta no ha hecho literatura con la enfermedad, ha hecho mucho más que eso. Nos muestra que de los pacientes con enfermedades mentales, sus familiares, sus próximos uno puede aprender a extrañarse, asombrarse, a emocionarse, a sentir vergüenza, a reconocer y aceptar las limitaciones, las insuficiencias que tenemos, como una de las cosas más difíciles de la condición humana. Si consideramos la premisa socrática de que todo el mundo se revela inteligente cuando se le trata como tal; ahora, escribía recientemente mi maestro el Profesor Gómez-Beneyto, en psiquiatría, en salud mental, es el tiempo de promover la recuperación de las personas enfermas, de reconstruir la identidad, de encontrar sentido a la vida aún oyendo voces o delirando. Es el tiempo de las palabras.

Así que pueden hacerme caso o no, creerme o no, pero el Profesor Eduard Vieta se merece este reconocimiento y la Universitat de València se honra en acogerle entre sus doctoras y doctores, más allá de las emociones primarias de entusiasmo o envidia.

Com més anys passaran més estimaràs allò que mai no es coneix, allò que sempre es desitja, tot el que mai no es té: l'aire, la claror blanca de les estrelles, el mar que el teu vaixell deixa enrere...

Mercè Rodoreda «Ada Liz», dins *Semblava de seda i altres contes* (1978)

Mi agradecimiento por la escucha educada y reflexiva, por la escucha sensible y por su afecto. Muchas gracias a todos. Moltes gràcies Eduard.



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

*EDITA*  
Universitat de València  
*Gabinete del Rector*

*DISEÑO*  
Universitat de València  
*Unidad de Web y Marketing*

*Todos los derechos reservados*



VNIVERSITAT  
E VALÈNCIA